

Mariano Latorre (1)

El Tobiano de Catrileo ⁽²⁾



ME levanté muy tarde esa mañana de febrero. Oía desde mi cama, el canto de la lluvia sobre el techo de zinc y la voz del viento entre las hojas de los tilos y las acacias del patio.

A través de los vidrios, granulados de redondas gotitas cristalinas, vi los arriates del jardín y los surcos de la huerta, agobiados por la lluvia.

Ni rastros del tío Paciencia en esta húmeda mañana de Temuco.

¿Dormía aún en su cuartucho de allegado o quizá esperaba la escampada en el kiosko del jardín?

Bajé al hall. No encontré sino a la mapuchita Inés, que hacía de mucama.

—¿No está Carlos en la casa?, le pregunté.

—Salió temprano, su mercé.

—¿Y el tío Paciencia?

(1) Nació en Cobquecura el 4 de enero de 1886. Es profesor de Castellano y actualmente Director del Instituto Pedagógico. Sus cuentos y novelas de ambiente campesino se caracterizan por la perfección y cromatismo de la forma. En 1943 obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Es considerado un maestro del criollismo americano.

(2) Inédito. Del libro «Diez Relatos del Tío Paciencia».

—En la cocina está, me respondió, señalándome un pabellón que formaba ángulo recto con el chalet de Carlos Kroll.

Crucé el patio, rayado de lluvia, a grandes zancadas y me refugié, bajo el alerito de la cocina. Atraía con su chimenea llameante y con el relucir de las barandas de bronce y de los tientos de aluminio sobre los rojos quemadores.

Toda esa escuadra de ollas, teteras y cacerolas las gobernaba la mano experta de Frau Hedwig, una alemana obesa, venida á menos y asilada en la casa de Kroll, como el jardinero.

Junto a la chimenea estaba el tío Paciencia, doblado el tronco, la cabeza baja como si dormitase o quizá sólo miraba los hualles encendidos, recordando sus tiempos de soldado en el fuerte de Temuco.

Crepitaban los troncos, tornábanse en lingotes de oro y se deshacían, por fin, acurrucándose en la almohada de su propia ceniza.

—Buenos días, don Blas.

Torció a la derecha su cabezota y sin mirarme, respondió:

—Buenos días, su mercé.

—Buenos días, Frau Hedwig, saludé a la cocinera.

Respondió con un balbuceo que no entendí. Me examinaron con desconfianza sus ojillos azules, ribeteados de rojo y de pronto, para disimular su actitud corrió una tapa que golpeaba insistentemente los bordes de una olla en ebullición.

—Hoy está de asueto, don Blas, le dije.

Miró a Frau Hedwig, antes de responderme y explicó complacido:

—Le hace bien esta agüita a la huerta, sobre todo a los tomates, que son tan esperecíos de agua. Las flores se contentan con un pichín, no más.

Me senté a su lado y el viejo se enderezó, como para no darme la espalda. Le ofrecí un cigarrillo. Sus dedos torpes, muy negros, lo tomaron y sin esperar que yo le ofreciese fuego se inclinó

sobre la chimenea, cogió un tizoncito y lo encendió despaciosamente, viejo hábito de campamento que aun conservaba.

No era muy fácil iniciar una conversación con el tío Paciencia. Su cerebro funcionaba torpemente, es verdad, pero su vida actual estaba llena de su vida pasada y le placía contar sus aventuras de recluta en el fuerte de Temuco, sobre todo a Kroll, a quien veneraba, y en su ausencia a mí que era para él como una prolongación de Kroll.

La tarde anterior nos había hablado del lleulle (1) Pedro Jofré. Le pregunté por él.

—¿Y ese lleulle, quién era, don Blas?

Tosió, chupó largamente el cigarrillo y sin cambiar de posición, me dijo:

—Nunca se supo quién era, su mercé. Huaso no era. Más acaballerado que huaso, pero a mi capitán Alfaro le dijo, cuando lo interrogó, que venía de Chillán. Sabía leer y escribir y ayudó mucho al sargento como furriel. Hablaba muy poco, pero todos sabíamos que era buen compañero.

No daba más detalles el tío Paciencia. No los recordaba o simplemente los había olvidado, pero sus sencillas palabras, sus pausas y hasta sus silencios, comunicaban a sus recuerdos no se qué embrujo primitivo y arcaico que me hacía pensar en viejas cartas borrosas que, a pesar de la trivialidad de su texto, evocaban con intensidad una época, desaparecida para siempre.

No me costó reconstruir desde luego el fuerte de Temuco, a través de sus frases trucas y de sus recuerdos dispersos.

Primero, el ancho foso en medialuna, lleno del agua de las lluvias del sur; luego la empalizada de troncos a pique, rellenos los huecos entre palo y palo con la tierra rojiza de la excavación, las barracas del cuartel, de los oficiales y de los comerciantes y por último, el húmedo bosque de temos y de robles, verdinegra bóveda rumorosa hasta el muro azul del Nielol.

(1) *Lleulle*: recluta

El Nielol era la puerta natural de la tierra mapuche, punteada de rucas grises, dorada de trigales y ensordecida de galopes de indios alzados.

¿Quién sería este Pedro Jofré que una noche de diciembre apareció en las cercanías del foso? ¿Qué lo obligó a atravesar la Frontera con peligro de su vida? ¿Era un prófugo de la cárcel o un espía de los propios indios?

El tío Paciencia no lo supo ni tampoco se preocupó de averiguarlo. Le importó sólo su camarada y la parte de su vida que vivió junto a ellos. Procedió como todos los chilenos que nacieron en el sur o llegaron por alguna circunstancia a los fuertes de la Frontera.

El propio tío Paciencia, que estaba a punto de dejar su guardia esa noche, fué el que dió ¡el quién vive! al sentir el crugido de las quilas a pocos metros del foso.

Acudió el sargento Champurria (se le decía así porque era mestizo) con dos soldados. Se tendió el puente colgante de coligües y con antorchas de ramas untadas de grasa, que agitaban sobre sus cabezas para que no se apagasen, el sargento y los soldados recorrieron el quilantar y las primeras filas de árboles.

No había salido aún la luna, pero un tenue resplandor, algo como un rocío de estrellas, recortaba contra el cielo la masa del bosque.

Croaban los sapos en los pajonales y llenaba el aire el canto del Cautín, en marcha hacia la costa.

—¡Alto!, ordenó la voz ruda del sargento y los hachones apuntaron sus flechas de llama hacia las quilas.

Un hombre flaco, barbudo, salió del matorral con los brazos en alto.

—Soy chileno, explicó. Vengo del norte, caminando hace quince días.

—¡Dos pasos al frente!, conminó el sargento, sin escucharle.

El desconocido avanzó tambaleándose como un borracho. No lo vimos bien, porque el viento deshacía las llamas de las

antorchas, revolviendo luces y sombras. Sólo en la oficina del capitán, a la luz clara de una lámpara de parafina, lo examinamos a nuestro gusto. No era antipático el fugitivo. La nariz, muy alargada, caía sobre la boca con la pereza de un pico de pájaro adormilado y de las mandíbulas fludas colgaban unas barbas lacias, ligeramente rojizas.

Mi capitán le preguntó amablemente:

--¿Quién es usted?

—Pedro Jofré, alcanzó a pronunciar con una voz sorda, lejana.

De pronto se llevó las manos a la cara y se desplomó, como si el cuerpo hubiera abandonado las ropas deshechas y mugrientas.

Me ordenó mi capitán que lo llevase a la enfermería. Lo tomé en brazos como a un niño y tanto como un niño pesaba el infeliz. Olía a sudor y a sangre.

Sin embargo, al cabo de quince días era otro soldado de la guarnición y no de los más lleulles. No daba la impresión de un hombre fuerte, metido en un uniforme demasiado ancho para él, pero manejaba con agilidad su pesada Winchester, de las que llegaron al sur después de la guerra del Pacífico. Y además, era decidido y ambicioso. Quería, estoy seguro, rehacer su vida en la Frontera.

No sé por qué, quizá por ser el primero que lo vió o porque lo ayudaba a copiar partes e informes, lo tomó bajo su protección el sargento Gregorio Pinoleo, el Champurria.

Como el sargento era hombre rudo manifestaba su interés por el recluta con observaciones hirientes que hacían reír a la tropa y enojaban a Jofré.

—Lleulle Jofré, la carabina más pegada al hombro o ¡más tieso el tronco! ¡No se agache! ¡Qué no ha oído, lleulle Jofré, o es que tiene barro en las orejas?

Jofré, fruncido el ceño, no respondía, pero procuraba corregirse. Contrastaban los ojos suaves con la energía de sus movimientos en los ejercicios militares.

—Fué muy buen compañero, me contaba el tío Paciencia, durante el año que alcanzó a estar con nosotros. Le gustaba que le dijese cosas de los mapuches y por eso se hizo amigo de un indiecito, Hueche, y sobre todo de su hermana Palluma (1) que servía en la casa de mi coronel Uribe. Los dos hermanos llegaron guainitas al fuerte. Los salvaron de un incendio de rucas, por Lumaco, unos soldados y los trajeron al fuerte y ahí se criaron. Mi coronel Uribe que venía de la guerra del Perú, quería mucho a los indios. Decía que eran chilenos como nosotros y que había que convencerlos a ellos de eso. El fué el que se encargó de Hueche y de Palluma.

Hueche quiere decir en lengua, joven. Fué el loro más diablo que tuvo el fuerte. No había cerro, río, selva o escondrijo que no hubieran visto sus ojos astutos. Se crió medio desnudo y nunca se quiso vestir con uniforme de soldado o con traje de chileno. Usaba unos calzones anchos y una camiseta hecha tiras con las puntas de las quilas y las ramas de los árboles. Los pies, siempre pelados, se movían como manos y los dedos abiertos podían atrapar una culebra o una araña y arrojarla lejos con la fuerza de un brazo. En invierno se ponía un ponchito viejo y estaba siempre aleteando, porque decía que él era pájaro y corría tan ligero que apenas tocaba la tierra, saltando troncos y aguas. Si se paraba no se le distinguía de un árbol chico o de un montón de ramas, porque sabía disimularse como huiña o como zorro. Tenía el pelo largo y negro como pluma de jote. Bastante feo el indio, pero su hermana Palluma era relinda. Tan blanca, que para mí tenía algo de huinca. No hablaba casi. Parece que no le gustaba hablar o no podía, pero se reía, entendiéndolo todo con una risita corta, como gorgoritos de vertiente. Y qué gusto daba mirarle los dientes, tan parejos y tan blancos.

—Los dientes le suenan a Palluma, como música, decía con voz ronca Pedro Jofré, mirándola medio atontado.

(1) *Palluma*: Paloma.

Todos la querían y la buscaban, sobre todo el sargento Champurria, pero a ella le dió por platicar con Jofré. Los vi muchas veces en la estacada, por el lado del río.

Una tarde, Hueche, que salía todos los días del cuartel, trajo la noticia de unos indios que se acercaban al Nielol, en son de guerra.

Explicaba Hueche con su voz atarantada, en su media lengua:

—Ese Catrileo, abajino, llegó Nielol. Huaqui (1) trae, muchos huaqui, cagüellos (2), trae, mucho cagüellos.

Hueche nos habló ese día de Catrileo, un mapuche peleador, implacable enemigo de los chilenos y de los soldados del sur.

Montaba, según nos contó Hueche, un caballo tobiano de gran alzada y de portentosa agilidad. Hueche nos decía que el Tobiano de Catrileo tenía alas (y lo creía) y que vadeaba en el aire los esteros y los enormes troncos caídos por todas partes en la selva.

No atemorizaba a mi coronel Uribe un ataque de los indios. En el fuerte había trescientos soldados, con buenas carabinas y además, el foso medía casi dos metros de anchura, pero ese año florecieron las quilas y las lluvias eran garúas. Llegaba la sequía con todas sus calamidades. Secáronse los pastos, se morían de hambre vacas y corderos y los caballos eran esqueletos que apenas podían andar. Las tablas de los galpones y barracas se torcían como virutas, arrancando los clavos que las sujetaban a las vigas. Provocar un incendio en el bosque o en los pastos era algo muy sencillo. Ni siquiera podíamos alejarnos del recinto y buscar las vegas de la selva, porque en cualquier recodo aparecían los mocetones con sus rápidos caballos y casi sin combate, cortaban piños de vacas o de caballos y los arreaban hábilmente por entre los árboles.

No se tomaron medidas, a pesar del aviso de Hueche, pero

(1) *Huaqui*: lanza.

(2) *Cagüellos*: caballos.

una noche de fines de enero, el capitán Alfaro que había subido a lo alto de un encatrado de roble que servía de vigía, advirtió un resplandor rosado, como el reflejo de un roce, en dirección del Nielol. Era el campamento de los mocetones de Catrileo.

Al día siguiente, el coronel hizo formar al regimiento. Resonó unos minutos la corneta de órdenes. Repiquetearon los tambores.

El coronel y todos los oficiales se acercaron a la tropa.

Mi comandante no era un hombre muy alto, pero sus anchas espaldas daban sensación de fuerza. Unos grandes bigotes blancos se juntaban con la barba del mismo color, que el viento del sur desordenaba en ese instante. Se había puesto su uniforme más vistoso, el que usó en la entrada a Lima. Sus mangas, rayadas de galones de oro, lo mismo que el quepís de visera plana. La mano, muy morena, estaba en la empuñadura del sable. Y las medallas echaban chispas sobre el pecho. No habló él a los soldados, sino mi capitán Alfaro, que era del sur y conocía muy bien a los mapuches y sus artimañas.

A mi capitán Alfaro lo quería mucho la tropa. Tenía una voz de huaso, la nuestra y nos hablaba como a camaradas. Y nosotros sabíamos que si se cumplían bien sus órdenes, nada podía sucedernos.

—Soldados, nos dijo ese día, los conas de Catrileo no son muchos y no saben que ya los hemos rochado. Tampoco creo que se atrevan a acercarse. Deben esperar a Tromen o a algún otro cacique arribano para atacar el Fuerte. Hay que sorprenderlos esta noche misma. Son cuarenta o cincuenta y no tienen más que diez caballos. Hueche los ha contado ya varias veces.

Al oír su nombre, Hueche, que estaba a su lado, movió la crinuda cabeza y abrió sus brazos y luego, poniendo la palma de la mano derecha en la boca, chivateó unos segundos como un indio. Se calló a un grito del sargento.

—Debemos apoderarnos de esos caballos, continuó el capitán, porque los nuestros no sirven. Ya saben que anoche murió

Chingue que era un buen pingo. Al que se apodere de un caballo mapuche le pertenece de hecho. Irán treinta hombres. Veinte con sus carabinas. Diez, con sables. Los primeros harán una descarga a los mapuches, sin errar tiro. Acordarse del dicho del cacique Tromen: *Quime iluilme quime quillaime*.

Un murmullo recorrió la fila de barbudos soldados, de rojos pantalones.

Yo le expliqué a Jofré lo que quería decir en castellano.

—El que está bien parado en el suelo, nunca yerra el tiro. Así dijo el cacique Tromen.

Continuó hablando el capitán.

—Lo primero, fijarse donde están los caballos y correr hacia ellos, apenas oigan los disparos, montarlos y perseguir a los mapuches. Esta misma noche atravesaremos el bosque, en parejas, a lo largo del Nielol. Nos reuniremos antes del alba. Hueche va conmigo adelante. El santo y seña son tres gritos de chucaos. Después del primer grito contarán hasta cien. Oído el segundo canto, se cuentan otros cien hasta el tercero. El sargento Pinoleo ha escogido ya a los que irán y les repetirá las instrucciones.

Vibró de nuevo la corneta. El capitán ordenó ¡rompan filas!

Hueche corrió en dirección a las barracas y soltó, como ensayándose, el sucesivo chorro de trinos, con tal verdad que los chucaos del bosque le contestaron unos tras otros.

Pedro Jofré se me acercó. Sus ojos y sus manos temblaban de emoción.

—¿Crees, Paciencia, que el Champurria me escogerá?

Iba a contestarle que no me había duda, pues era un medio de alejarlo de Palluma, cuando el sargento nos llamó:

—Ustedes dos van aparejados. Tú con un sable, Jofré.

No se movió ni dijo nada, pero sus ojos se apaciguaron y sus manos dejaron de agitarse. Ni siquiera agradeció al sargento su designación, como se acostumbraba. Atravesó rápidamente el gran patio del cuartel, especie de plaza de armas y se dirigió a la barraca, donde vivía el coronel. En la puerta, de pie en una pe-

queña escalera, porque la barraca estaba construída sobre troncos por la humedad, estaba Palluma, sonriendo y jugando con sus macizas trenzas negras, sujetas con hebras de lanas de todos colores.

En la noche, atravesamos el foso unos tras otros, a la luz de unos hachones engrasados. Como siempre, se agitaban las antorchas en el aire, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha para que no se apagasen.

Soldados, oficiales, mujeres, viejos, niños. Todos estaban asomados a la empalizada para vernos partir.

Era la época en que florecían los temos. Los apretados racimos blancos perfumaban la noche con su fresco aroma. Perdimos de vista a los pocos minutos las antorchas, las luces del Fuerte y la multitud que nos decía adiós, tras los negros palos de la estacada.

Caminábamos Jofré y yo, bajo los árboles. Los demás se repartieron en la selva y al cabo de una media hora no se les sentía.

Yo iba adelante. Jofré, a mi lado. Así lo habíamos convenido. Yo era el baqueano y le señalaba todos los obstáculos que tan bien conocía.

—¡Guarda!, hom, un tronco. A la izquierda, atención, hay un menuco.

Para mis ojos acostumbrados a la sombra como los de los zorros o los de los peques, la doble noche del aire y la de los ramajes, no significaba mucho. Y además, la sombra era tan tenue, tan liviana que el resplandor de las estrellas resbalaba por las hojas y nos hacía ver los troncos y la cinta más clara del sendero, caracoleando entre las quilas.

Podía distinguir, sin equivocarme, todos los ruidos de la selva. Sabía cuando eran los temos los que sonaban al paso del viento y cuando se oía el ruido precipitado de los robles. Estos me daban la impresión de una voz antigua que nos saludase: el temo me hacía pensar en el cacareo áspero de los indios encolezados.

—Hay que saltar este arroyo, Jofré. Por este lado.

Obedecía sin chistar. Cuando llegamos a Coilaco, quizá la mitad de nuestra jornada, descansamos largo tiempo. No teníamos apuro, Masticamos nuestro charqui y hablamos de los indios y del capitán Alfaro.

Fuí en busca de agua al estero y como al hundir el tarro en la corriente, croaban sin cansarse los sapos, le hice una broma a Jofré.

—Tantea, lleulle, por si un sapo se ha quedado preso en el tarro.

Y metió la mano en el tarro, porque ingenuamente me contestó:

—No hay ningún sapo, Paciencia.

Reí de buena gana y él, sin molestia alguna, rió conmigo.

Me preguntó, de improviso:

—Ese indio Hueche, el hermano de Palluma, ¿no nos traicionará?

Le expliqué, entonces y estaba seguro de que lo que yo decía era la verdad:

—Cuando el indio es amigo del huinca, nunca lo traiciona y Hueche, como Palluma, son nuestros, son chilenos.

Nos callamos. Ahora hablaba el Coilaco. Coilaco quiere decir en mapuche *agua que miente*. Le pregunté:

—¿Entiendes lo que dice el Coilaco?

Se rió, creyendo que lo decía en broma.

—Bueno. El Coilaco dice: pasen por aquí, pasen por aquí. Por aquí está bajito, por aquí está bajito, pero el Coilaco es mapuche y hay que entenderle al revés. El vado está mucho más arriba.

Una corriente de aire sacudió los follajes. Un rosario de tiritones envolvió a un roble gigantesco, próximo al riachuelo.

—¿Te fijas, Jofré? El roble tiene frío. Sus hojas están soñando y debe ser una pesadilla. A lo mejor sueña que lo van a cortar.

Carraspeó Jofré y me reía, pensando que él no se tragaba mis mentiras de sureño. Nada sabía, el pobre, de esta vida de las hojas, de los pájaros y de las aguas que nosotros tanto sentíamos. Repentinamente se levantó y con voz, entre curiosa y asombrada, me dijo:

—Mira, Paciencia, ¿qué es eso?

—¿Qué? le dije, incorporándome.

—Ahí, a la orilla del agua, esas lucecitas.

Habitado a ver, en el verano, los pastos salpicados de luciérnagas, no me había dado cuenta de lo que asombraba a Jofré. Miles de aladas chispas rayaban la sombra. Arcos azules, saltos de luz, como si salvaran algún obstáculo invisible para nosotros. Se apagaban algunas, disueltas por la oscuridad, pero surgían otras que se inflamaban como las primeras.

Si el viento soplaba se fundían, pero al calmarse, revivían con extraordinario brillo.

—Por ahí mismo vamos a pasar, le dije. El vado está más al poniente.

Nos metimos en el prado, estrelleante de luciérnagas. Nuestras botas aplastaban las suaves chispitas. Morían a cada paso nuestro o se escondían entre las hierbas, pero quizá conscientes del obstáculo inesperado, subían a lo largo de nuestros pantalones, salpicaban de luz los ponchos y hasta se detenían a descansar en nuestros bigotes o en nuestras barbas como en el extremo de una rama.

Vadeamos el Coilaco. Otra vez bajo los árboles, partiendo hojas secas que sonaban con un cric de astillas quebradas, pero el bosque oponía ahora resistencia con sus ramas o con las quilas que se entrecruzaban en el sendero cada vez más estrecho.

—¡Diablo!, perjuró Jofré, deteniéndose.

—¿Qué hay?

—No sé, algo me ha clavado la cara.

—No es lanza de cona, le dije riéndome, es la punta de una

quila. Conviene llevar la mano en la cara, porque son muchos los tuertos por no fijarse.

A la distancia ladraron unos perros.

—Son los perros de los indios, pero muy lejos, le dije a Jofré.

Su silencio no indicaba sobresalto, pero yo sabía muy bien lo que pasaba por él, porque también lo experimenté en mis tiempos de lleulle.

Los mapuches eran enemigos temibles. Astutos, incansables, de una movilidad extraordinaria. Atacaban sin miedo cuando era necesario y se perdían en la selva, sin que nadie les diese alcance, si la victoria no la veían segura.

Le hablaba a Jofré de los perros de los indios:

—Esos perros viven ladrando. Ladran de día y de noche, si se mueve una rama, si canta un pájaro o si brillan las estrellas.

Y cambiando de tono lo previne:

—Cuando aclare, nos paramos para escuchar el aviso de Hueche.

Jofré me dijo:

—Oye, Paciencia, ¿los indios cuando acampan desensillan sus caballos?

—Aflojan las cinchas, le respondí y quitan el freno, pero los amarran a los árboles o los manejan para tenerlos siempre cerca.

Adiviné lo que le preocupaba en ese instante: el tobiano de Catrileo y su leyenda bruja. No parecía creer esto último. Pensaba únicamente en ese prodigioso caballo mapuche. No traté de desanimarlo, pero me reí y sin ninguna razón, de lo que ambicionaba con tanto ardor: ser un soldado del sur, un jinete de la Frontera que había conquistado su caballo en el combate mismo y con sus propias manos.

Le hablé, entonces, de los caballos mapuches:

—Son buenos, resistentes, pero tan mañosos como los perros. Los amansan de tal manera que sólo a ellos les obedecen. Hay

algunos que no pueden ser montados por la izquierda, porque los han acostumbrado a montar por la derecha y de un salto.

Un largo estremecimiento sacudió las hojas de los árboles en ese momento. Nos rodeaba aun la noche, pero yo sabía que era el alba, desintegradora de las sombras. Se perfilaron las rectas oscuras de los troncos. Yo no sé si nosotros las espantamos o si ellas advirtieron la proximidad de la luz, pero dos torcazas se echaron a volar con gran ruido de alas. Parecían sacudir, como las hojas, el polvo de noche que se les había pegado en el sueño. Y como si hojas y torcazas las hubiesen despertado, el aire turbio se aclaró con el fresco chiu, chiu chiirrií de las diucas.

Detuve a Jofré.

—Hay que esperar, ahora, el santo y seña.

Lo invité a que nos sentáramos sobre un tronco. Le alargué un cigarrillo. Puse, primero, el mío en la boca. Golpée la piedra de chispa y encendí la yesca. Y al resplandor fugaz observé su cara. La decisión endurecía sus mejillas e inmovilizaba sus ojos.

Comenzaron a moverse pesados montones de niebla entre los troncos. Me daban la impresión de sombras que se hubieran desteñido. Y resonó violenta, inesperada, la risa de un chucao, llenando el aire con algo del relincho de un potrillo, extraviado de la yegua. No era el aviso de Hueche, porque lo oímos muy cerca, a unos metros no más.

Pero se oyó otro, a mayor distancia casi inmediatamente.

—Ese es Hueche. Contemos, le dije a Jofré.

Comenzamos a contar. Antes de llegar a cien volvió a oírse el canto.

—Sigue, le dije no es ese.

Y esta vez, si que se oyó el segundo grito y el tercero, antes de llegar a cien nuevamente.

—Adelante, le mandé. Es el santo y seña de Hueche.

Avanzamos algunos metros, aun bajo los árboles. Salimos al valle, casi una prolongación del Nielol. No se veían sino nieblas inmóviles, detenidas por los cerros. Aun no se despertaba el

viento. Se oían, sí, voces, ladridos de perros, relinchos de caballos, pero era muy difícil saber de donde provenían.

—Son los indios, le hablé a Jofré, pero tenemos que esperar al capitán.

El alba perdía su tono opaco y se hacía transparente. Empezó a respirar el viento y las nieblas fueron arriadas hacia el poniente como un rebaño de blancos bueyes fantasmas. Se hizo visible el Nielol y se recortaron en negro las copas disparejas de robles y lingues en el lomo del cerro.

Crujieron las quilas a espaldas nuestras. Nos volvimos, sable y fusil prevenidos. Comenzaron a aparecer las negras siluetas emponchadas de nuestros compañeros. Nos saludaban, levantando carabinas y rifles sobre sus cabezas, alegres por habernos encontrado. Uno de ellos, Panchongo, que era de Chiloé, prendió unos copihues en torno al quepis. Parecía un trarilonco mapuche.

Minutos después asomó, tras un roble, mi capitán Alfaro. Llevaba el sable en la mano derecha, desnudo, quizá para cortar las quilas, en los senderos. A su lado, Hueche, no le perdía movimiento. Paso que daba el capitán, paso que daba Hueche. Su melena negra se movía en todas direcciones, como un sombrero que le hubiese quedado ancho. Más atrás, seguro de sí mismo, asentados con firmeza los enormes pies en la tierra del bosque, el sargento Champurria y el resto de la pequeña tropa.

—Son cuarenta y tres los mapuches, explicó el capitán. No se les han visto armas de fuego y hay once caballos, casi todos juntos.

Se calló para mirar a Panchongo y a su improvisado trarilonco.

—Bota eso, lleulle. ¿Quieres que te atraviesen la cabeza con una flecha?

Y Panchongo se apresuró a arrancar su guirnalda de copihues y arrojarla lejos, en el bosque.

—Los indios, dijo el capitán, están muy cerca, a cinco o

seis cuadradas de aquí, en la punta poniente del Nielol. Vamos a esperar que salga el sol. Y no olvidarse *quimi lluilme quime quillaume*.

Repetido ahí, a poca distancia de los mapuches, el dicho del cacique Tromen tenía un extraño embrujo. El capitán Alfaro conocía a su gente, sin lugar a dudas.

Nos señaló con el sable apuntado hacia el mar, el camino que debíamos seguir.

Y ahora el cielo parecía madurar con la proximidad del sol.

Huíos y chiriguas reemplazaban a las diucas. En el bosque, un pico carpintero comenzaba a taladrar las viejas maderas carcomidas.

Tras el capitán, agachados, nos habíamos ido aproximando hacia los mapuches. Caminamos, así, una media hora, disimulados por los troncos y por espesas matas de pasto. Y de pronto, los vimos. Se amontonaban, cuadrados, extrañamente inmóviles en torno a una fogata. Hablaban, sin embargo, animadamente, en alta voz. Sus voces agrestes parecían ladridos de zorros o gritos de pájaros irritados.

El capitán se detuvo y nos indicó que nos acercáramos.

—Ni sospechan que estamos tan cerca. Están churrasqueando.

Y advertimos, en efecto, como se pasaban trozos de carne, que mordían con gran avidez. Sentíase el olor de la carne asada, sin que viéramos la fogata y al animal que se tostaba sobre las brasas. Un cuerno, rebotante de líquido, pasaba rápidamente de mano en mano. Lo bebían con ansia, echando hacia atrás la cabeza y los pañuelos de colores vivos y los trariloncos rojioscuros, se agitaban como banderolas con estos movimientos.

Buscábamos los caballos entre los árboles. Ahí estaban, en fila, a cuatro o cinco metros de distancia unos de otros. Reposaban en absoluta calma.

De repente distinguimos al tobiano de Catrileo, por su gran alzada y los disparejos óvalos oscuros y blancos de su piel.

Gacha la cabeza, en punta el anca derecha, dormitaba, suelta la ranilla, apoyado en el filo del casco.

Se lo mostré a mi compañero:

—Ahí está el tobiano de Catrileo.

Contraído el rostro, los ojos llameantes, miraba Jofré como un animal de presa al tobiano, crispados los dedos en la empuñadura del sable.

En voz baja, prodigiosamente sonora, sin embargo y levantando el sable sobre su cabeza, ordenó el capitán:

—¡Preparen armas!

Los veinte tiradores se alinearon, buscando troncos o ramas apropiadas, donde apoyar sus carabinas. Los otros se acercaron al valle en espera de la descarga.

—¡Fuego!, dijo el capitán, volviendo la barbuda cabeza hacia nosotros.

Convulsionó el amanecer el estruendo de la descarga. Tres indios abrieron los brazos y se desplomaron. Cinco o seis se deslizaron en dirección de los caballos, pero ya estaban allí los soldados. Siguió una corta lucha. Las puntas de los sables partían ponchos, rasgaban chamales sin alcanzar los bronceados cuerpos. Los indios retrocedían, a grandes saltos, abandonando la pelea, como lo hacían siempre que la suerte se les presentaba adversa, pero tres lograron montar y escaparon a galope tendido por la orilla del bosque. Dos caballos, sin jinete, corrían tras ellos. Fueron detenidos por los soldados en medio del valle.

En este instante vi a Jofré que se había quedado atrás, escondido entre las doradas teatinas, arrastrándose en dirección al tobiano que, dando grandes saltos (estaba maneado de sus patas delanteras) se alejaba en la dirección de los mapuches. Llegó al costado del caballo, le pasó la rienda por la cabeza y lo desmaneó con gran habilidad. Agilmente lo montó.

Pero en ese instante advertimos a un indio que, con un poncho color de sangre, rayado de franjas grises y armado de una

lanza, se aproximaba al tobiano. Apunté y disparé. El indio se perdió en el pastizal.

Jofré galopaba sobre el tobiano. Miró hacia atrás, al oír el disparo, intentando cerciorarse de lo que sucedía y siguió adelante en vertiginosa carrera.

Alguien habló a mi lado:

—Buen tiro, Papacieencia.

Era un soldado nortino, un hombronazo de potentes espaldas y duros ojos, a quien llamábamos el Tatarita, porque tartamudeaba al hablar, repitiendo dos o tres veces las vocales.

Para no perder detalle de Jofré y del tobiano, que volaba, las crines al viento y casi horizontales sus flexibles remos en la carrera, el Tatarita y yo nos acercamos al valle.

—Eesa beestia es bruuja, Pacieencia. ¡Qué manera de cocorrer!

En ese momento el tobiano se detuvo y Jofré, las riendas en la mano se inclinó, como abrazando el cuello del animal.

—Lo hiizo paparar, comentó Tatarita.

—¡Qué lo va a hacer parar!, dijo el sargento Champurria. ¿No ves, lengua de trapo, que el caballo se paró, porque vió a los mapuches?

—¿Yy aaonde cestán los mamapuches?

Lo miramos con odio, porque lo que presentíamos había sucedido. Los mapuches que lograron montar, después de la primera descarga, al reconocer el tobiano de Catrileo, volvían a su encuentro, suponiendo que era su jefe. Pasaron a toda rienda a ambos costados del tobiano. Sus lanzas, siguiendo la flexión de los brazos trazaban líneas de oro en el aire.

El capitán, que se había acercado a nosotros, se dió cuenta de que Jofré estaba perdido si no se le auxiliaba con rapidez.

—¡Grítenle que vuelva!, nos dijo.

—No puede, respondió Champurria, se le cargó al freno e caballo.

Un grupo de soldados, yo entre ellos, aplastando las mojudas

yerbas, corrimos hasta el centro del valle y le gritamos con todo el vigor de nuestras gargantas:

—Jooofreéee, vuceelveee. Vuceelveee, Jooofreéee.

No nos oyó y así debe haberlo entendido el capitán, porque ordenó que cuatro soldados se aproximasen a Jofré y trataran de balear a los indios. Se perdieron en el prado rápidamente.

Y como si se tratase de una pelea de pájaros en los árboles o de unos zorros que se disputaran la hembra en la primavera, de tal manera el hecho trágico nos parecía natural, presenciamos el fin de nuestro taciturno camarada en el oro líquido de esa mañana de verano.

No fueron sino segundos. El tobiano, indócil, desconocía al jinete huinca. Lo amedrentaba, quizá, su modo de manejar las riendas o el de golpear los costados con sus talones, pero lo más grave era que sus inesperados galopes, sus nerviosos escarceos le impidieron a Jofré el manejo del sable.

Las lanzas conas fueron convergiendo hacia él. Cada galope fué un lanzazo y un lanzazo lo sacó de la silla, perdiéndose de nuestra vista algunos segundos para reaparecer en el aire, como equilibrándose en las puntas de las lanzas mapuches. Finalmente, desapareció. Los conas y el tobiano emprendieron rápida carrera hacia la selva. Oímos algunos tiros, los de los soldados que envió el capitán Alfaro.

—Se fregó el lleulle, dijo el sargento Champurria, como satisfecho de constatar su muerte.

Y su actitud no nos gustó. El se dió cuenta y para disimular su turbación, se acercó al grupo de indios prisioneros, que nos miraban silenciosos y desconfiados y los hizo retroceder algunos pasos.

Al llegar Hueche los indios se agitaron amenazadores. Hablaban sin término, pero de sus palabras sólo comprendimos *quipalchequila*, repetido una y otra vez. Quiere decir traidor en mapuche y Hueche que la entendió se ocultaba, presa del pánico, tras del macizo cuerpo del capitán Alfaro.

Los perros gruñían medio escondidos entre ponchos y chamales

Champurria desenvainó el sable y lo blandió furioso sobre las cabezas de los indios

—Yon deñuhuenón, treguas. Yon deñuhuenón (1)

Y dóciles los mapuches enmudecieron.

Insidiosamente se nos metía en las narices el apetitoso olor de la carne asada. Nuestros compañeros habían reencendido la hoguera abandonada por los mapuches y terminaban de asar la potranca de dos años, con que ellos se desayunaban en la mañana. En la vida de la Frontera, tan ligada a la de los mapuches, nos habituamos a comer lo mismo que ellos comían. Más bien, predominaron sus gustos sobre los nuestros. Un asado de potranca no tiene, a fin de cuentas, mucha diferencia con uno de ternera y un ñachi picante o un apol, si hay vino o chicha de manzana, es algo que se desea como un buen caballo o como una mujer.

Dejaron con el asado los mapuches, cueros llenos de chicha de manzana y aun había en el líquido espeso trocitos de la fruta recién machacada.

Llegaba Panchongo, servicial como siempre con un gran trozo de carne, chorreante de jugo, que entregó al capitán y éste lo agradeció, devorándolo a grandes dentelladas y bebiendo del cuero de chicha como un mapuche.

Fiera la mirada, torcido el labio, observaban los indios ese banquete hecho a costa suya y sus cabezas hoscas se movían de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, a cada viaje de los soldados a la fogata y de la fogata al bosque.

Uno de ellos, con una voz estridente como aleteo de queltehue comenzó a gritar.

—Huínca tar apuy, tar apuy huínca, y los demás repetían, como en un guillatún: Huínca tar apuy, tar apuy huínca.

Pero olvidamos el pueril insulto, *los huincas están llenos,*

(1) ¡Cállense, perros, Cállense!

llenos están los huincas, porque en ese instante los soldados llegaban con el cadáver de Jofré. Lo depositaron sobre la roja alfombra de hojas secas.

Nos inclinamos con ternura sobre nuestro amigo. Ni heridas ni siquiera rasguños en su cara, pero era tal su descolor, sin el más leve rastro de sangre, que realmente impresionaba.

La trágica agonía arriscó el labio superior y los dientes amarillos y compactos parecían reír sin término.

Alguien, en el camino, un camarada desde luego, bajó los párpados, obedeciendo a un hábito ancestral y los ojos cerrados y la boca abierta, producían la sensación de que Jofré dormía, agitado por una angustiosa pesadilla.

Si la cara no fué tocada en el combate, al cuerpo en cambio lo despedazaron las lanzas mapuches y al dormán azul lo ennegrecía la sangre seca, ásperamente apelmazada en los bordes de las heridas. Zumbaban sobre ellas las verdes moscas de la selva.

Lo mirábamos sin movernos, sin decir nada. Sentíamos el frufujeo de las hojas. Unos loros pasaron chillando. Silbaban los huíos en el corazón de la selva.

En nuestras cabezas se había clavado una idea, como una espina rebelde.

¿Ordenaría el capitán que se enterrase a Jofré en el bosque, como a tantos otros que murieron en combates y malocas o lo llevaríamos al panteón del Fuerte?

Despertó violentamente nuestro espíritu de cuerpo, la viril afeción de los hombres que viven juntos y están expuestos a los mismos peligros, un accidente inesperado. Uno de los ojos de Jofré se abrió de súbito, como si volviese a la vida para mirarnos. Se debió tal vez al calor que dilató los nervios del párpado o a una mosca que se detuvo en las pestañas. Y como si hubiera adivinado lo que pasaba en nuestros corazones, el capitán ordenó:

—Sargento Pinoleo, haga cortar maderas y arme un huando (1) para llevar a Jofré.

(1) *Huando*: Angarilla.

Y después de una pausa:

—Los indios cargarán el muerto.

Un grupo de soldados se precipitó sobre los hualles más próximos. En pocos minutos estaban listas las varas. La cama se amarró a los maderos con recios nudos de boqui. Pusimos encima el cadáver y sobre él, para evitar la voracidad de las moscas, el poncho que le regaló Palluma a Jofré.

Cuatro indios lo tenían ya sobre sus hombros. A un grito de Champurria echaron a andar en dirección al Fuerte.

Así volvió el lleulle Jofré, traspasado de lanzas y sin el pingo tobiano que tuvo, sin embargo, en su poder.

Marchábamos casi al trote. Sin hablar. Se oía el áspero crujir de las hojas partidas y los gruñidos de los perros mapuches que no querían separarse de sus amos.

Palluma estaba presente en nosotros y sin la más mínima intención de burla, vigilábamos a Champurria para ver si en su carota ancha y en sus pequeños ojos turbios, se advertía alguna satisfacción, al liberarse así de su rival, pero Champurria iba impasible, porque en ese momento sólo era un soldado del sur que cumplía con su deber.

Cuando llegamos al Fuerte no hubo escenas conmovedoras. Nose arrojó Palluma sobre el muerto. Sólo tironeaba sus gruesas trenzas y por su carita corrían lágrimas que ella no enjugaba.

Los mapuches sí que despertaron curiosidad con sus hermosos ponchos de colores, sus crinudos caballos de bravía pupila y los perros, rodando como culebras, por entre patas de caballos y piernas de indios.

En el galpón que servía de comedor a la tropa se veló a Jofré. Palluma, compungida, un manto sobre los anchos hombros, recibía el pésame, declarándose así como su viuda. Estaba encinta. Eso se notaba claramente, pero nadie dijo nada. A su lado como un deudo cercano, el sargento Champurria, al cinto su enorme sable de carabinero y hundido hasta los ojos el quepís, de alzada visera.

Tosió algunos segundos el tío Paciencia. En la chimenea blanqueaba la ceniza de los hualles quemados. Una ráfaga de aire se paseó por la cocina, anunciando la vuelta del sol.

Humeaba el patio. Huerta y jardín chispeaban, barnizados de luz nueva.

Se removi6 en su sill6n el tío Paciencia. Se puso de pie, dificultosamente, mirando en torno suyo con sus ojos lagrimecidos y torpes. Buscaba su bast6n de avellano. Lo sabía. Se lo pas6. Su mirada vidriosa tenía la ternura de un viejo perro agradecido.

—Voy a echarle una mirada a los tomates y a las rosas, dijo.

Salí con él al patio. Frau Hedwig nos miraba de reojo, sin entender aun este largo coloquio sobre indios y soldados, entre un pe6n y un caballero. Me despedí de ella en alemán:

—Auf wiedersehen, Frau Hedwig.

Y al oír su lengua, recuperó instantaneamente su dignidad de señora en desgracia y respondi6 con una inclinaci6n de cabeza y una sonrisa:

—Auf wiedersehen, mein Herr.

Acompañé al tío Paciencia hasta el kiosko del jardín.

Al despedirme, le pregunté:

—¿Y qué fué de Palluma, tío Paciencia? ¿Vive aún?

—No, su mercé, muri6 cuantu'ha. Tambi6n el sargento, su marido. Cuando se retir6 del ej6rcito le dieron terreno por Cholchol. Ahí vive todavía el hijo de Jofré, que se llama Pedro Pínoleo. Con él estuve hasta que el patroncito Carlos me trajo de jardinero a la quinta.